

Mar del Plata, 17 de Septiembre de 1929 ^{Vicario, Carlos}

1019

1

Señorita Angélica Palma,
Sevilla.

CO-AP1

Caj. 3

Doc. 9501

Fol. 4

Mi distinguida y noble amiga:

En Abril de 1927, - hace ya dos años y medio, - recibí su folleto sobre Don Ricardo Palma. En esos días ya la persecución no asediaba. Acababa de cruzar la Cordillera a caballo para acompañar hasta Mendoza a dos amigos muy caros, - Daniel Schweitzer y Pedro León Ugaldé, - en quienes yo creía la caída de la tiranía. Apenas de regreso fui perseguido a mi vez, y el 1° de Mayo, aprehendido y llevado por la fuerza a Punta Arenas en un buque de la Armada. Allí, con otros compañeros de infortunio, el Senador Saavedra y el Diputado Rojas Méry, pasamos largo día guardados con centinela de vista. No fuimos con mala suerte, porque la policía argentina, sin miramientos alguno, no detuvo y nos entregó de nuevo a los Carabineros de Chile. Yo me fugué dos veces

más. En la tercera, con mayor expe-
riencia y con la ayuda muy eficaz²
de amigos incomparables, logré asen-
tar pie en la República Argentina
y pasar a Buenos Aires, en donde ve-
gité inactivo durante algunos meses.
Al fin conseguí del Gobierno del Señor
Rozar algunas lecciones de literatura
y de italianos en el Colegio Nacional
de esta ciudad veraniega y amable, lo
que me permitió traer a los míos.
Cuando ellos vinieron, en 1928, entre
mi correspondencia última, venía
su folleto, que leí con el interés que
todo lo suyo tiene para mí; rememoro
rando la noble figura de Don Ricar-
do y aquella tarde inolvidable que
pasamos con él en Miraflores en 1912.
Era muy tardío ya escribiendo pala-
bras y se me hacía duro, por un
pudor muy chileno y muy profundo,
explicarle el por qué de tan excesivo
retraso. Cuando publiqué el mío
se lo mandé con la misma vergüenza
anónima y torpe, rememorando fer-
vientemente los días serenos de Pa-

namá en donde tuvimos ocasión de reno-
var el anhelo de paz entre nuestras pa-³
trias, que es hoy ya, felizmente, un
hecho, a pesar de los errores del cami-
no y de los que quedan aun per-
dientes.

Vd., siempre tan gentil, me ha es-
crito y me ha dado con ello la oca-
sion de sincerarme de mi silencio
opaco y descortés. Ojalá no vuelva
a caer, ni con excusa válida, en
una falta parecida.

Su folletó sobre Don Ricardo, no
sólo me ha enseñado muchas co-
sas, sino que me ha permitido a-
preciar mejor la transparencia de
su alma serena, que no se ofusca
ni por amor de padre ni por amor de
patria, cuando es siempre tan fácil
dejarse arrebatar por ellos. La figura
noble e idealista de Don Ricardo sur-
ge de su estudio con una sencillez
lucantadora: el mismo espíritu lle-
va a plantar el sauce de Musset en com-
pañía de Acasubi y a ceder por hábito
sus propios libros a la Biblioteca
Nacional. El más grande elogio que

puede tributarse a su hombre está en
la frase suya, tan limpia y merecida.
"Tenía autoridad para aconsejar: ya ha
dado ejemplo." Ella resume ad-
mirablemente una noble vida: es gran-
ta y venerable la palabra de un hom-
bre justo.

Aquí la vida pasa lentamente, en
un anhelo angustioso, como la vi-
gilia de una larga noche a la cabe-
cera de un enfermo. La esperanza es
ya sólo una virtud del instinto cie-
go. Por ella aseguramos la continui-
dad indispensable para que la vida
no pierda su sentido subjetivo y su-
perior.

Teresa comparte conmigo esta solte-
dad, en la cual el recuerdo se avi-
va y se ennoblece. Con ella la hemos
tenido muy presente y le enviamos
el tributo de nuestra admiración y
de nuestro afecto.

Carlos Vicuña

San Juan N° 2067.
Mar del Plata,
República Argentina.